



# El viaje en la geografía moderna

Pilar Paneque Salgado y Juan Francisco Ojeda Rivera  
(Editores)

**un**  
**i** Universidad  
Internacional  
de Andalucía  
**A**

## **Excursión al valle del Guadalquivir, campiñas jiennenses y Sierra Mágina**

**Eduardo Araque Jiménez**

Universidad de Jaén

**Alfonso Mulero Mendigorri**

**José Naranjo Ramírez**

Universidad de Córdoba

### **Prefacio: las campiñas andaluzas. Claves para una interpretación geográfica**

#### **1. Identificación espacial y cartográfica**

Las llamadas Campiñas andaluzas, se integran en el contexto de la Depresión del Guadalquivir y constituyen el amplio espacio, aproximadamente con forma triangular, que queda limitado por el Norte con Sierra Morena, por el sur con las Cordilleras Béticas, a Oriente el espacio se cierra por la confluencia de las dos unidades montañosas anteriores; mientras que el Oeste queda abierto al Océano Atlántico mediante el amplio golfo de Cádiz.

#### **2. La historia geológica: breve reseña**

Por efecto del Plegamiento Alpino, entre las emergentes Cordilleras Béticas y el viejo zócalo herciniano de la Meseta, se produjo un gran hundimiento (prefosa alpina) que de manera inmediata, pasó a estar ocupado por el mar. Es el llamado Golfo Bético.

Como zona deprimida se convirtió inmediatamente en espacio de recepción de los derrubios erosivos aportados por las unidades de relieve circundantes. Se produce así el relleno progresivo de la depresión que, conforme avanza de Este a Oeste, va expulsando el mar en dicha dirección y origina nuevas tierras emergidas.

Son terrenos jóvenes, preferentemente terciarios (esencialmente miocenos-oligocenos) y cuaternarios (en las proximidades de las corrientes de agua significativas), si bien puntualmente la erosión ha podido dejar al descubierto estratos del mesozoico.

En general son materiales sueltos, poco compactados, como corresponde a su juventud geológica y sus caracteres postorogénicos.

### 3. Variedad y peculiaridades subregionales

Lejos de la pretendida monotonía paisajística que, por contraste con los paisajes de montaña, se adjudica a estos espacios que se dicen «de llanura» (no siempre lo son), la Depresión del Guadalquivir ofrece una interesante variedad de situaciones que se manifiesta en una significativa muestra de paisajes. Esta variedad puede venir inducida por distintos factores, tales como:

- a) Proximidad a las grandes arterias fluviales y afección por sus dinámicas propias.
- b) Mayor o menor resistencia a la erosión de los distintos pisos que componen el Mioceno-Plioceno.
- c) Cercanía física a las Cordilleras Béticas y proximidad temporal de la sedimentación respecto al paroxismo alpino.
- d) Otras circunstancias particulares.

En función de todo ello, dentro del ámbito que consideramos (La Depresión del Guadalquivir) pueden identificarse las siguientes concreciones paisajísticas:

#### 3.1. Los Paisaje de Campiñas:

3.1.1. Las «Campiñas Altas».

3.1.2. Las «Campiñas Bajas».

3.2. Paisaje de terrazas en los márgenes de las grandes arterias fluviales.

3.3. Paisajes del «Glacis villafranquiense».

#### 3.1. Los paisajes de Campiñas

Constituyen la parte más extensa del territorio; su componente físico son los materiales depositados bajo el mar en el Golfo Bético, entre los que adquiere una especial predominancia el Mioceno, aunque no es extraña la presencia de materiales pliocenos.

Son en general materiales blandos, con un componente significativo de arcillas y margas.

El retoque que estos materiales marinos, una vez en superficie, han recibido ha sido de carácter erosivo, con especial significado de la erosión provocada por ríos, arroyos y otras corrientes de agua continuas o discontinuas. Esto confiere a la red hidrográfica actual un protagonismo indiscutible en la configuración de las formas del relieve que mejor caracterizan al medio campiñés, a lo que, por supuesto, habrá de sumar la nada desdeñable acción antrópica.

Esta acción erosiva ha ido cortando y modelando el paquete sedimentario hasta conformar un conjunto de lomas o plataformas en las que la separación entre unas y otras la constituye precisamente el cauce de una corriente de agua.

El resultado es el que se considera «paisaje campiñés» por antonomasia: un conjunto desordenado (sin líneas de relieve dominantes) de lomas, en general de escasa altitud, con cumbres redondeadas y con débiles pendientes en sus laderas. Igualmente sirve en algunos casos la descripción de una plataforma plana o levemente inclinada delimitada habitualmente por cauces de ríos significativos.

Pero dentro de esta caracterización común y general pueden concretarse realidades en cierto modo diferenciadas, pues el proceso erosivo desarrollado en los materiales campiñeses no se desarrolló de manera uniforme ni tuvo en todas partes el mismo resultado.

### **3.1.1. Las «Campiñas Altas»**

En determinados lugares los materiales que constituían el techo estratigráfico, los que quedaron al descubierto y expuestos a los agentes erosivos, configuraron realidades litológicas especialmente resistentes, lo que permitió una mayor conservación de estos conjuntos sedimentarios. Generalmente en esa mayor dureza influye la propia composición de la roca, con abundantes arenas y calizas, actuando éstas como cohesionantes y compactantes. El resultado morfológico puede ser doble: o bien estos materiales resistentes componen superficies amesetadas de techo plano; o bien se genera un paisaje de rasgos más acusados, líneas de relieve más marcadas y un carácter, por tanto, más abrupto al común del modelado suave campiñés.

Para la comprensión de este segundo resultado, junto con el propio componente litológico, debemos considerar la propia evolución sufrida

por muchos de estos materiales, en concreto todos los ubicados en las zonas más externas de la depresión y más próximas a las estibaciones béticas. En estos lugares se produjo la coincidencia temporal del proceso de sedimentación con las últimas acometidas o empujes del plegamiento Alpino, lo que supone que estos paquetes sedimentarios se vieron trastornados, deformados, en cierto modo plegados; lo que supuso la ruptura de la horizontalidad que se le presupone a una sedimentación marina en calma orogénica. Se habla aquí, por estos motivos, de «Mioceno Sintectónico», el que se produjo y tuvo lugar en sincronía con la elevación tectónica de las Béticas.

El resultado de todos estos procesos es la individualización de determinadas zonas que responden a la siguiente caracterización:

a) Por conservación de los pisos que componían el techo de la serie estratigráfica, una altitud media superior a la del conjunto: hasta 300 y 400 m. s.n.m.

b) La «suavidad» y ondulación de las formas de relieve que presuponíamos para el conjunto campiñés, se transforma en formas amesetadas en determinados lugares y, en otros casos, el relieve adquiere un mayor vigor, incrementándose de forma considerable las pendientes, lo que a su vez potencia localmente la capacidad erosiva de las corrientes de agua.

c) Esta mayor capacidad de erosión lineal, junto con el desplazamiento sufrido por efecto de los empujes alpinos, hace que con relativa frecuencia las corrientes de agua saquen a la luz incluso materiales de la era secundaria, generalmente del Triásico.

d) La proximidad de estas Campiñas respecto a las alineaciones béticas supone un factor de diversidad litológica, pues está constatada la presencia de masas (heterogéneas y desordenadas, deslizadas desde las Béticas por efectos de la gravedad y el carácter lubricante de los estratos inferiores), los «olistostromas», incrustados entre los materiales propiamente campiñeses

La edafología, de acuerdo con las circunstancias subregionales, es diversa y constata con evidencia meridiana la heterogeneidad paisajística que no suele presuponerse al conjunto de la Depresión del Guadalquivir y sus Campiñas. Si bien son frecuentes las rendsinas, xerorrendsinas, suelos rojos y pardo-rojizos mediterráneos, así como

suelos margoyesosos en los ámbitos triásicos. Se concretan en suelos tipo «albariza» (*Rendollic*: Campiña de Jerez, Campiña Alta de Córdoba, Campiña de Estepa en Sevilla...), «almagra» (*Chromoxererts*) sobre sustratos triásicos de Jaén y Córdoba, y «rojo alcores» (*Calcic Haploxeralfs*) en Sevilla.

### 3.1.2. Las «Campiñas Bajas»

Se corresponde con los espacios en los que la composición litológica ofreció menos resistencia a la erosión, con lo cual los pisos superiores, los que constituían el techo estratigráfico, fueron arrasados, al tiempo que quedan al descubierto los pisos inferiores del propio Mioceno.

Estos espacios, resultado de una verdadera labor de zapa sobre los blandos materiales que fueron los lechos marinos tal cual emergieron del Golfo Bético, quedaron hoy a una altitud menor que el conjunto antes considerado (de 100 a 200 m. s.n.m.) De ahí el calificativo globalizante de «Campiñas Bajas».

Ocupan habitualmente el centro de la depresión, entre el cauce del Guadalquivir y las denominadas «Campiñas Altas» meridionales.

Su posición deprimida respecto al entorno les ha convertido en receptáculo final de las migraciones de arcillas de los espacios circundantes, peculiaridad ésta que conformará realidades edáficas diferenciadas respecto a las calizo-areniscosas «Campiñas Altas».

Desde el punto de vista de las formas de relieve, presenciamos aquí la materialización casi perfecta de ese relieve suave, pando y ondulado que suele darse como definición general de las Campiñas. Los «cerretes» y colinas, de escasa altitud y redondeadas cumbres, conformando superficies de dóciles pendientes, aparecen desordenados en el horizonte, separados unos de otros por las líneas de erosión que, sobre el blando sustrato, ha marcado la red fluvial holocénica, casi siempre de escasa entidad hídrica, de perfiles horizontales y caudales irregulares asociados a la propias condiciones climáticas que envuelven al conjunto de la Depresión.

Excepcionalmente, entre este mar de lomas miocenas se levantan cerros aislados, de mayor altitud y laderas más pendientes, conformados por materiales más resistentes a la erosión por su especial concentración de calizas que han cohesionado muy bien

al resto de materiales. Son precisamente los últimos materiales que colmataron la depresión (normalmente pertenecen al piso Messiniense o Andaluciense), por lo que son verdaderos «cerros testigo» del relieve más primario que se generó en el Golfo Bético. Además de suponer un contrapunto paisajístico por sus diferenciados cultivos y aprovechamientos –se verá más adelante– los oteros o «alcores» más enhiestos y vigorosos se convertirán en elementos fundamentales del poblamiento, pues su fácil defensa hará que se ubiquen en ellos los más significativos pueblos y villas («ciudades o villas fortaleza»). En determinadas zonas el techo de la serie estratigráfica lo constituyen los materiales del Plioceno.

No es extraña, sin embargo, la morfología plana; una amplia plataforma que constituye el interfluvio entre dos corrientes de agua significativas, y que bascula levemente hacia una de ellas.

La edafología se define en una diversidad de suelos (vertisoles) caracterizados en general por su abundancia de margas, en las que las arcillas hinchables (montmorillonita e illita) determinan unos comportamientos mecánicos concretos (suelos pesados, duros en seco, adherentes y plásticos en húmedo) e incluso unos aprovechamientos específicos. Pertenecen a este conjunto las «tierras negras» andaluzas y los suelos «margosobéticos». En Cádiz se concretan en suelos de tipo «tierra negra campiña» (*Chromic pelloxererts*), los «bujeos» en la Campiña de Córdoba y Jaén (*Typic Chromoxererts*), así como en el Condado de Huelva (*Entic pelloxererts*).

### **3.2. Paisaje de terrazas en los márgenes de las grandes arterias fluviales**

De forma inmediata al relleno del Golfo Bético y consiguiente colmatación de su cuenca receptora, en estas nuevas tierras recién emergidas se pone en marcha el proceso de organización de la esorrentía de las aguas procedentes directamente de las precipitaciones y/o de surgencias y manantiales.

El resultado es la conformación de una densa red fluvial cuya artería principal será el Guadalquivir, que recibe por su margen izquierda (los que le llegan por la derecha provienen de Sierra Morena) algunos de sus afluentes principales (Guadiana Menor, Guadajoz, Genil...).

Si los efectos de los pequeños riachuelos y arroyos se dejaron notar como agentes generadores de las colinas campiñesas, en los casos de las arterias fluviales principales, los efectos de las crecidas por deshielo en los periodos interglaciares, dejará como resultado la conformación de diversos niveles de terrazas.

A diferencia de las lomas campiñesas, estos espacios conforman superficies prácticamente planas (resultado de la simultánea acción de erosión/arrastre/sedimentación durante los periodos de altas aguas) que se sustentan sobre materiales jóvenes del Cuaternario.

Estas terrazas con frecuencia, pero con la excepción de los bruscos cortados campiñeses sobre el Guadalquivir, enlazan sin apenas discontinuidad con las próximas colinas miocenas y han sustentado un modelo de explotación agraria común a ellas hasta entrado el siglo XX, razón por la cual históricamente no se les ha considerado como sector diferenciado, sino como parte integrante de las campiñas.

En toda esta zona, que por diferenciarla claramente del conjunto de la «Depresión del Guadalquivir» se suele denominar como «Vegas y Terrazas fluviales», la dinámica perifluvial ha generado formas propias que se concretan en la presencia de las terrazas mismas, especialmente evidentes en la margen derecha del Guadalquivir, las llanuras aluviales (o cursos actuales), meandros, meandros encajados, meandros abandonados y «madres viejas», islas fluviales, taludes, torronteras, etc.

La edafología, de forma casi generalizada sobre un sustrato cuaternario, se concreta en la presencia de «suelos de vega», jóvenes, entre los cuales han sido estudiados y tipificados un tipo «franco vega» (*Typic Xerofluvents*) en Córdoba y Sevilla, «rojo Campiña-norte» (*Typic Rhodoxeralfs*) en Jaén...

### **3.3. Paisajes del «Glacis o Raña Villafranquiense»**

Forman parte de los mismos episodios considerados en el apartado anterior, pues no deja de ser una consecuencia de los procesos de arrastre y depósito de materiales provocados por los cambios climáticos cuaternarios y por las oscilaciones que tales procesos originaron en la red fluvial y la escorrentía, lo que hubo de traducirse en crecidas espectaculares y depósitos sedimentarios de notable potencia, hoy fosilizados en el paisaje de la Depresión.



El «Villafranquiense», periodo del cuaternario antiguo o Pleistoceno inferior, a caballo entre el Terciario y el Cuaternario por tanto, fue un periodo con lluvias estacionales muy torrenciales, capaces en este sentido de arrastrar grandes cantidades de material sólido.

En el contexto de los distintos procesos de aterramiento que se reconocen al Guadalquivir, éste transcurre cuando aún el río no ha establecido definitivamente el profundo surco que hoy ocupa entre Sierra Morena y las Campiñas, de manera que el escalón entre ambas unidades debía ser en aquel momento considerablemente menos acusado.

En esas condiciones, una fuerte esorrentía, procedente de Sierra Morena, organizada en amplias láminas o mantos de agua, consigue superar ese surco fluvial y, con toda una carga de derrubios y canturral mariánico (generalmente cuarcitas), traslada gran cantidad de elementos sólidos (cantos, bloques, gravas y arenas) desde Sierra Morena, en la margen derecha del Guadalquivir, a la margen izquierda, a las Campiñas, donde recubre y fosiliza los materiales miocenos del Golfo Bético.

Surge así el «Glacis Villafranquiense», capa compuesta por materiales antiguos –vienen de Sierra Morena, o lo que es igual, de la Meseta– que se superpone a los materiales campiñeses en las actuales provincias de Córdoba y Sevilla.

Desde el punto de vista petrográfico constituye una masa heterogénea de materiales, entre los cuales los más definitorios y llamativos son las arenas, cantos y bloques de cuarcitas rojas mariánicas. Los tonos ocres campiñeses adoptan aquí, por esta causa, un color rosáceo que llega a rojizo (es el color dominante de las cuarcitas) en algunos lugares concretos.

Desde el punto de vista morfológico estos materiales tapan y recubren las redondeadas lomas campiñesas con una cobertura sólida que, con su doble efecto de arrasamiento y sedimentación de materiales, adopta formas prácticamente planas.

La edafología, dada la peculiaridad del territorio, adopta forma y tipologías más propias de Sierra Morena que de la Depresión; en concreto ha sido estudiado y definido un «suelo pardo pedregoso sobre suelo rojo fósil con pseudogley».

## 4. Paisaje natural y procesos de humanización del territorio

### 4.1. Acerca de la vegetación potencial

Desde el punto de vista biogeográfico, en el contexto de la Región Mediterránea, subregión Mediterráneo Occidental, la mayor parte de las campiñas queda englobada en la *provincia Bética*, en cuya vegetación potencial aparece una buena representación tanto de la vegetación climatófila como edafófila, Renunciamos a su concreción dado que el rasgo más llamativo en este aspecto es la práctica desaparición de esta vegetación natural y sus sustitución por otra introducida por el hombre.

### 4.2. Procesos de humanización: el poblamiento

Por más que la presencia humana en este territorio se pierde en lo más profundo de la memoria prehistórica, con representación posterior de sucesivas y concatenadas culturas (fenicia, íbera, romana, musulmana...), de las que en muchos casos se originaron algunos de los principales centros urbanos, si buscamos un hito fundamental para la comprensión del poblamiento de todo el territorio en su conjunto, ese hito es sin duda la Reconquista.

La Reconquista marcó no sólo un cambio cultural y político, sino que igualmente puso las bases de una serie de constantes seculares de la presencia humana en la Depresión del Guadalquivir; a saber:

- a) Predominio de un poblamiento concentrado. La Reconquista trajo consigo una reorganización del territorio en torno a pueblos, villas y agrocidades en las que se concentraban la mayor parte de la población.
- b) Los avatares militares vividos por toda la zona hasta 1492 imponen un modelo urbano de forma bastante frecuente: el pueblo-fortaleza.
- c) Teniendo la actividad agraria como la fuente de riqueza principal de la población, se instituye un modelo basado en la coexistencia de las grandes explotaciones (pocas en cuanto a número, acumulan una mayoría abrumadora de la tierra) y de la pequeña propiedad (numerosísima por su número, pero insignificante por la superficie que suponen).

d) El territorio se estructura en orlas concéntricas en torno a los núcleos de población. El ruedo, inmediato al casco, suele acumular el gran universo de la pequeña propiedad campesina, un mosaico de parcelitas ínfimas que, como mucho, proporcionan al campesino algún producto de subsistencia, pero insignificante como empresa agraria. El alejamiento del núcleo urbano va abriendo nuevos ámbitos (segundo ruedo, trasruedos...) en los que la distancia respecto a la población marca igualmente un progresivo aumento del tamaño de las explotaciones. En la orla más externa se sitúan las «tierras acortijadas», grandes explotaciones, titularizadas por los estamentos privilegiados (nobleza e iglesia) y que se cultivan en régimen de explotación indirecta con la abundante y barata mano de obra del pueblo o villa.

e) Las enormes distancias que a frecuentemente se producen entre estas grandes explotaciones acortijadas y el núcleo de población más próximo, inducirá la aparición de un poblamiento disperso –«cortijos» se les denomina genéricamente– que son los núcleos desde los que se gestiona la explotación agraria; sirven a la vez como lugar donde almacenar los aperos de labranza, guardar el ganado de labor y dar cobijo a los encargados y otro personal asalariado, muy abundante en determinadas épocas del año. Dadas las diferentes funciones que en cada caso deben cumplir, se constata la existencia de un modelo de «cortijo cerealista» y otro modelo adaptado a las explotaciones de olivar, que recibe distintos nombres (cortijos de olivar, molinas, molinos, haciendas...).

Entre los posibles retoques que, hasta la actualidad, se han producido sobre el anterior modelo, el más significativo fue sin duda el proceso colonizador de Carlos III. En la actuación que se emprendió en lo que se llamó «Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía» una zona concreta de las Campiñas andaluzas (la que antes hemos referido como «del glacis Villafranquiense») vivirá una experiencia planificadora que supondrá un cambio radical y de todo tipo.

### **4.3. Procesos de humanización: del ecosistema al agrosistema. Presupuestos básicos**

En este proceso de humanización y transformación del paisaje natural en paisaje agrario, una serie de constantes deben tenerse en cuenta:

a) El proceso tiene lugar inmersa su población en una mentalidad y «cultura cerealista», en la que el pan fue durante siglos

el alimento principal y básico, en una economía de autosuficiencia y escasos intercambios con el exterior, el primer objetivo productivo, por consiguiente es el cereal, a la vez alimento humano (trigo) y pienso animal (cebada y otros).

b) Esto es aplicable a todo el territorio, por más que algunos de los ámbitos subregionales antes descritos se adapten mejor y otros peor a esta vocación agraria, por lo que su evolución posterior ha seguido derroteros diferenciados. En los casos de condiciones físicas con menor adecuación, el problema se resuelve alargando las barbecheras y, en no pocos casos, aplicando usos mixtos agrícola-ganaderos-forestales; no es extraña a nuestro pasado, en este sentido, la presencia de importantes espacios adehesados en el seno de la Depresión del Guadalquivir, espacios en los que junto con los pastos, la caza, la leña, etc. periódicamente se incluía la sementera para trigo y cebada.

c) Pero la explotación cerealista continuada no es posible sin una rotación de cultivos adecuada, razón por la cual como especies que rotan con el cereal aparecen otros productos fundamentales en la alimentación humana; nos referimos a las leguminosas en general y, de forma especial, al garbanzo y las habas, ambos alimento humano y animal a la vez.

d) Complementariamente se sitúan los otros dos elementos de la trilogía mediterránea: olivar y viñedo. Ambos tienen finalidad fundamental de autoabastecimiento, por lo que suelen estar presentes en todo el territorio aunque con ocupación superficial reducida. Y ello convive con la existencia de unidades territoriales (Aljarafe sevillano) en las que, por su especial adaptación agroecológica y por su proximidad a un núcleo importante de población, el olivar constituyó siempre un elemento básico y fundamental. En cualquiera de los casos, como veremos, la evolución del olivar será la de una expansión de caracteres espectaculares, en tanto que el viñedo desaparecerá de muchos terrazgos y quedará concentrado en aquellos espacios para los que ofrece una especial adecuación a ese cultivo: Campiñas de Córdoba, Jerez y Huelva.

e) Mencionada en otro lugar la existencia de un poblamiento disperso en las tierras de cereal y de olivar, procede aquí mencionar también la constatación de al menos dos modalidades de hábitar rural disperso en el viñedo: «Las viñas» en los viñedos de Jerez, «los

lagares» en la zona Montilla-Moriles, en la Campiña Alta de Córdoba.  
f) También con carácter complementario –y a menudo de consumo estacional– se sitúan otros elementos vegetales de la alimentación: frutos secos, frutas, verduras y hortofruticultura en general.

## 5. Conclusión

La breve interpretación que en las líneas precedentes hemos esbozado nos permite concluir con unas ideas principales.

La Depresión del Guadalquivir, ancestralmente caracterizada por el protagonismo agrario, económico y demográfico de las conocidas Campiñas, definidas por unas estructuras latifundistas y el modelo de explotación indirecta y extensiva, se muestra hoy como un medio natural y humano diverso, configurando un nuevo mosaico de paisajes repletos de matices y significados superadores de una perspectiva única.

La visión monocorde tradicional no supera un análisis detallado de las variables ecológicas. La Depresión del Guadalquivir, más allá de la importancia tradicional de las paradigmáticas lomas campiñesas, cuenta también con paisajes más agrestes en las Campiñas Altas, asociadas a los influjos tectónicos de la orogenia Alpina; y también se resuelve en amplias y horizontales terrazas y vegas perifluviales, cargadas de agricultura intensiva, de regadío y de urbanización.

Ese mosaico de paisajes que se dan cita en la Depresión Bética, con el apoyo de las condiciones geomorfológicas y genéticas de cada unidad, se ha acentuado gracias a la creciente presión humana, sobre todo a partir del último tercio del siglo XX. La cada vez más evidente presencia humana y la artificialización antrópica de la Depresión del Guadalquivir refuerza la heterogeneidad paisajística, a la par que, sin embargo, mantiene y son perceptibles las huellas de la construcción paisajística del pasado.

A modo de palimpsesto, el paisaje bético, sus vegas y campiñas, se ofrece en la actualidad como un medio dinámico, diverso y estratégico por su centralidad territorial en el contexto regional; un territorio plural que ha superado su ancestral imagen agraria sin perder sus evidencias; y que navega aparentemente hacia una reinterpretación sustentada en el desarrollo de la agricultura intensiva, el regadío especializado,

el desarrollo de nuevas vías de comunicación, los usos recreativos, ambientales y turísticos, o incluso el impulso de nuevas tecnologías asociadas a las energías renovables.